

periales. Levantaron el sitio de Ofen, mientras que Sobieski se veía obligado, después de sesenta días de trinchera, á levantar el de Kaminieck, ante el ejército de Suleiman-Bajá, vencedor de los polacos en Babataghi.

## XXXVII

Los venecianos, inmóviles hasta entonces durante la campaña indecisa de Viena, se aprovecharon por fin de las victorias de Sobieski para declarar la guerra á la Turquía, que habia atacado la república. El senado juzgó que habia llegado la hora de las represalias. Sus escuadras se apoderaron de las siete islas del Adriático, desembarcaron en el continente de la Albania, y amenazaron el Archipiélago.

Un favorito del sultan, Mustafá, nombrado capitán-bajá, se limitó á mantenerse en el mar ante la flota veneciana, entre Rodas y Chio, y á cogerle dos galeas. Ochenta mil hombres se reunian al mismo tiempo en Belgrado para socorrer las ciudades de Hungría que Tekeli defendia contra los alemanes. Tres ejércitos otomanos se formaban así á la vez bajo la

impulsion enérgica del nuevo visir, el uno destinado á rechazar á los venecianos de la Dalmacia, el otro á reconquistar la Hungría que ocupaba el duque de Lorena, el tercero á atacar á los polacos, si las negociaciones abiertas para ajustar la paz con la dieta de Varsovia no daban ningun resultado.

## XXXVIII

Pedro Valiero, general de las tropas de la república, habia sublevado fácilmente contra los turcos á los descendientes de los antiguos Esparciatas, á las heroicas poblaciones de la Maina y de las montañas de la Chimera; estos habitantes cristianos de la Morea, de la Albania y de la Dalmacia estaban condenados á cambiar eternamente de señores. La guerra casi civil en aquellas montañas, entre los pueblos de partidos diversos, se limitó á sitios de fortalezas y á sorpresas de plazas en las que nadie pudo atribuirse la victoria.

En Hungría, los Imperiales, tardiamente reunidos en número de setenta y cinco mil hombres al mando del duque de Lorena, del conde de Leslie y del ma-



riscal Schuelz, envolvieron, desplegándose, todo el territorio húngaro, como para barrer en una sola campaña los restos de los ejércitos turcos.

« Veo que no podemos esperar ninguna ventaja contra los cristianos, » exclamó consolándose de morir el feroz Hassan, beglerbeg y gobernador de Neuhcesel. Esta ciudad estaba sitiada por el duque de Lorena mientras que Ibrahim-Bajá sitiaba con sus ochenta mil hombres la ciudad de Gran, apoyo principal de los otomanos en Hungría, conquistada el año anterior por Sobieski. Atacado en su campamento por las tropas del duque de Lorena, Ibrahim levantó el sitio y se retiró abandonando mil carros de á seis bueyes, cargados de víveres y municiones.

El duque de Lorena, de vuelta bajo los muros de Neuhcesel, despues de esta victoria, tomó por asalto la plaza el 19 de agosto de 1685. Sin ver la bandera blanca que los turcos enarbolaron en las torres de la ciudad, como signo de rendicion, los alemanes pasaron á cuchillo á cuatro mil y pusieron la cabeza del bajá sobre la puerta de Viena. Las mujeres y los niños mahometanos fueron vendidos como esclavos á los oficiales del ejército cristiano. El conde de Leslie sometia, incendiaba y mataba del mismo modo en Croacia.

Estos desastres, atribuidos por el gran visir á la in-

fidelidad ó á la molicie de Tekeli, rey tributario de la Hungria superior, lo decidieron á castigar en aquel aventurero las faltas cometidas por los generales otomanos. Tekeli, invitado á una conferencia por el bajá de Wardein, fué cogido y separado de los siete mil ginetes que lo acompañaban y conducido cargado de cadenas á Constantinopla. El resto de su vida fué un tegido de esperanzas, decepciones, libertad y servidumbre. Acabó sus dias en una granja cerca de Nicomedia, en donde sus aliados los turcos le daban pan en cambio de un reino.

## XXXIX

La mudanza de visir no habia alterado la fortuna. Buda, esta reina del Danubio, cayó para siempre en poder del Austria en 1686; Siklos fué tomado por asalto, Essek incendiada con su puente de cinco millas sobre el Drava, que habia dado paso tan frecuentemente á los asiáticos para venir á Europa. Szege-din fué su última ciudad húngara recobrada por los alemanes. Una triple alianza del imperio germánico, de la Polonia y de la Rusia, levantó contra los turcos,



al Norte y al Occidente una barrera que debia estrecharse muy pronto. El príncipe ruso, Basilio Galitzin, invadió la Crimea en tanto que Sobieski devastaba la Moldavia. Solo Perecop, valientemente defendido por los tártaros, salvó aquella vez la Crimea de la invasion de los rusos.

Los murmullos del imperio que se sentia morir perseguian á Mahomet IV hasta el fondo de los bosques de Andrinópolis y de Macedonia, en donde su pasion por la caza le hacia olvidar la Hungria y la Crimea; la religion no protestaba ménos que el orgullo nacional contra reveses atribuidos por los ulemas á la incuria del jefe de los creyentes. Una revolucion patriótica comenzaba á agitar los cuarteles, los cafés, y sobre todo las mezquitas de Constantinopla. El muftí, provocado por los ulemas, daba un *fetwa* en el que la libertad religiosa de las quejas encubria mal la sedicion de las murmuraciones. Mahomet, atento á estos primeros síntomas que anunciaban la repeticion de las revueltas que habian tenido lugar en su infancia, corrió por fin á Constantinopla, depuso al muftí y le echó en cara con razon el haber sido el primer fautor de la campaña de Viena, que censuraba por complacer al pueblo. Nombró *caimakan* al hijo del último de los Kiuperli, digno de su nombre por su talento y sus virtudes. La discre-

cion de este tercer Kiuperli calmó por un momento el descontento público con medidas enérgicas y prudentes.

La temeridad del gran visir, Suleiman-Bajá, que acababa de repasar el Danubio con sus soldados desalentados, y de hacerles sufrir una nueva derrota y una nueva fuga, destruyó en un dia el efecto producido por las medidas de Kiuperli. La Hungria, renunciando para siempre á la alianza turca, acababa de declarar hereditario el reino en favor de la casa de Austria, en las dietas de Presburgo. Esta vasta separacion de un Estado que los turcos consideraban, siglos habia, como parte integrante de su monarquía, consternó al pueblo, y enfureció al ejército. El gran visir Suleiman, atacado por los genízaros en sus tiendas, se vió obligado á huir por la noche para evitar la muerte. Siawusch-Bajá, hasta entónces subalterno, fué proclamado al dia siguiente gran visir por los soldados amotinados, que marcharon á sus órdenes camino de Constantinopla.

## XL

Mahomet IV, incapáz de oponerles otro ejército y otro pueblo, puesto que el suyo los llamaba como á



vengadores, se apresuró á enviar á Siawusch el sello del imperio, sacando así de la sedicion el único recurso de los débiles, el medio de reprimirla. Siawusch-Bajá recibió en Andrinópolis el título de gran visir; lisongeadó con él y satisfecho de su fortuna, quiso contener en esta ciudad el movimiento que habia favorecido en Belgrado. La insubordinacion lo sumergió, y los clamores del ejército lo obligaron á marchar sobre la capital. El sultan lo aguardaba como á un salvador. Siawusch intentó en vano cambiar de papel y conservar el trono del soberano cuya autoridad habia minado.

El pueblo y los ulemas no ratificaron este pacto entre la revuelta y la ambicion. Una asamblea espontánea del clero, de los jefes militares, de los ulemas, de los scheiks y de los magistrados más populares, se reunió espontáneamente en la mezquita de los genízaros para deliberar acerca de la salvacion de la monarquía. El caimakan Kiuperli se atrevió á presentarse en ella, defendido por el respeto que inspiraba su popularidad y su nombre. Allí defendió con valor la vida de Mahomet IV; « Merece bajar del trono por sus debilidades y nuestras desgracias, » dijo, « pero os deshonrariais para siempre conde- nando á muerte al soberano que solo Dios tiene derecho de juzgar. »

Antes de entrar en la mezquita para proteger la vida de su señor, el prudente Kiuperli, previendo la muerte de los hermanos y de los hijos del sultan, tantas veces á punto de ser ejecutada por este soberano, habia ido al serrallo y se habia apoderado de ellos para encomendarlos en su propio palacio al cuidado de los buenos musulmanes. Así en efecto se libraron de morir estos príncipes. Mahomet IV los mandó buscar en vano para que sirviesen de rehenes ó fuesen víctimas de su seguridad.

Al saber el decreto de su deposicion de boca de los enviados del pueblo, Mahomet IV se inclinó sin murmurar ante la fatalidad. « Que mi cabeza soporte  
« sola el peso de la cólera divina, tan justamente  
« excitada por las infidelidades de los musulmanes.  
« Id á decir á mi hermano Suleiman, que Dios de-  
« clara su voluntad por medio de las aclamaciones  
« del pueblo, y que á él le toca desde hoy gobernar  
« el imperio. »

Dichas estas palabras, se retiró á los mas recónditos apartamentos del serrallo, para languidecer allí ó para soñar en los cambios repentinos del pueblo que habia presenciado en su infancia, y que llevan del trono al calabozo y del calabozo al trono.



## XLI

Los enviados de la mezquita se dirigieron seguidos de la multitud al retiro en que Kiuperli habia ocultado á los príncipes para librarlos de la muerte.

« ¿Que me queréis, y porqué venis á turbar mi « reposo? » les dijo el hermano de Mahomet IV, Suleiman, que habia vuelto en tantos años de prision sus miradas al cielo; « la naturaleza ha dado á « mi hermano el derecho de gobernaros, y á mí « solo me ha hecho nacer para meditar en el retiro « y el silencio en las verdades eternas. »

« La voz del pueblo es el oráculo del cielo, príncipe, » le respondió uno de los oradores; « ofenderiais á Dios si no os sometierais á la voluntad de « los otomanos. »

Acostumbrado á las prácticas ascéticas de la vida de dervis, Suleiman ó Soliman III subió temblando al trono que le habian preparado. Pero apenas lo ocupó bajo de él, como quien huye del contacto de una cosa corruptora, y se puso de rodillas á orar y hacer las abluciones. Poco tranquilizado por el en-

jambre de dignatarios, jefes y soldados, prosternados con el pueblo al pié del trono en donde se habia visto obligado á sentarse, miraba con ansiedad á todos los lados del salon por ver si aquella coronacion era un lazo, y si venia su hermano á castigarlo por haberse prestado á la proclamacion de los sediciosos.

## XLII

Las tropas de Constantinopla le pedian que diese el sello del imperio al jefe de los rebeldes, á Siawusch-Bajá. Este, para ganar á los magistrados civiles de la capital, intentó rehusar á los genízaros y á las tropas los presentes que habia costumbre de dar al advenimiento de un nuevo sultan, y alejar sucesivamente de la capital á sus cómplices; mas el que debia el poder á la indisciplina no tenia derecho para negar cosa alguna á la avidez de los soldados. Sitiado en su palacio por los genízaros, se defendió en vano como un leon; perseguido de habitacion en habitacion por las hordas de los asesinos, derribó á sus piés á diez y seis genízaros ántes de caer él mismo muerto sobre el monton de sus cadáveres.



Por la primera vez, desde los grandes trastornos de los pretorianos de Constantinopla, los soldados, violando el sagrado del haren del gran visir, ultrajaron á la esposa de su víctima: la despojaron de sus vestidos y la expusieron desnuda á las miradas sacrílegas de sus compañeros; le cortaron las orejas á la mayor de sus dos hijas para arrancarle los diamantes que pendian de ellas, y vendieron la menor en el mercado de las esclavas por seis piastras. Desde allí, con los brazos teñidos de sangre, y las manos cargadas de despojos, se diseminaron por la ciudad, saquearon y asesinaron impunemente á los servidores de todos los funcionarios partidarios de Siawusch.

Constantinopla parecia una ciudad tomada por asalto por una horda de bárbaros. Los ulemas aterrados se reunieron al rededor de Kiuperli, delante de la puerta del serrallo, en donde el nuevo sultan, sin visir y sin ejército, temblaba al ruido de este tumulto, y desplegando el estandarte verde del Profeta, llamaron desde lo alto de los alminares á los buenos musulmanes al socorro de la patria, del trono y de las leyes. Los genízaros, intimidados por esta reprobacion de su crimen, condenaron la conducta de los asesinos de Siawusch, y fueron á colocarse espontáneamente ante el palacio de este nuevo jefe. Su aga Ismail-Bajá, fué elevado durante algunos dias al ran-

go de gran visir; y sin transicion alguna se hizo verdugo de sus cómplices, cubriendo de cadáveres las orillas del Bósforo con sus ejecuciones nocturnas.

## XLIII

Los desastres de las fronteras coincidian con estas convulsiones de la capital; Belgrado capitulaba despues de un dilatado sitio, y entregaba al duque de Baviera este baluarte de la Turquía occidental. Los venecianos, á las órdenes de Morosini, conquistaban la Dalmacia y asediaban el Negroponto; la córte de Viena se apoderaba de antemano virtualmente de todas las desmembraciones del imperio turco, pidiendo nada ménos, en cambio de la paz, toda la Hungría, la Eslavonia, la Croacia, la Bosnia, la Servia, la Transilvania, la Moldavia, la Valaquia, la mitad de la Tartaria, devuelta por la victoria á los polacos, en fin la Grecia con sus dependencias para los venecianos, dueños ya del Peloponeso. Parecia que este imperio se desplomaba tan rápidamente como habia sido levantado. La Francia era la única aliada de la Puerta y



alistaba cien mil hombres para atacar en Alemania á los enemigos de Soliman III.

#### XLIV

El luto y las lágrimas entristecian al haren tanto como al imperio. Los hijos y los favoritos del soberano destronado, eran desterrados al fondo del Egipto y de la Arabia, ó relegados á la *jaula de las Aves*, kiosko sepulcral de los jardines del serrallo. La sultana favorita, Rebia Gulmisch, *rocío de la primavera*, dominadora absoluta del corazon y de los sentidos de Mahomet IV, era separada de su lado y sumida en el antiguo serrallo, mansion de la desgracia y de las lágrimas. Esta griega de la isla de Creta, habia conservado toda la belleza, toda la energía y todos los hechizos que le habian valido el dominio del trono. Sus delicadas facciones, la tersura de su tez, el azul de sus ojos el oro mate de sus cabellos, su voz argentina y los encantos de su imaginacion la hacian temible aun como compañera de prision de un monarca caido, á quien podia poner en movimiento intrigando desde el fondo de su soledad.

Sus feroces celos habian observado los menores signos de preferencia dados por Mahomet á las mujeres ó las esclavas del haren.

Se recordaban con terror las venganzas anticipadas que tomaba contra las rivales que podian con sus hechizos seducir el sultan. Una noche, en que Mahomet IV, se solazaba en la villa de Kandilli, á orillas del Bósforo, descansando de las fatigas del gobierno, presenciando las danzas de mujeres y de ennuocos en un kiosko de verano, creyó ella apercibir en las miradas del sultan, mas admiracion que la que convenia á sus celos por los encantos y graciosos movimientos de una circasiana que figuraba en la comparsa. La sultana hizo signo á un eunuco del Cáucaso, famoso por su destreza y su vigor en estos bailes nacionales, y le dijo algunas palabras al oido. Conociendo al momento la intencion de su señora, provocó á la circasiana á bailar con él uno de esos bailes enérgicos en que el bailador, ébrio de placer, finge querer arrebatarse á su pareja con un salto salvaje de la tierra, que la falta bajo los piés. Ninguna balaustrada separaba del mar el tablado del kiosko, proximo á las olas, en donde la córte respiraba la brisa marítima, y la corriente del Bósforo bajo la costa escarpada de Kandilli no dejaba ninguna esperanza de salir á los que caian en el agua.



El eunuco, despues de haber bailado algun tiempo en medio de la sala, se llevó de repente á la bailarina hácia el borde, y levantándola en sus brazos, la precipitó como inadvertidamente en el mar. La corriente la arrastró muerta hácia la costa de Asia, y la sultana, asegurada por el grito que habia lanzado la víctima al caer, no temió ya á aquella rival de belleza á los ojos de su marido.

Tales eran los crímenes del amor, de la maternidad y de la ambicion combinados con la omnipotencia, en el corazon de una esclava griega, convertida en reina de los otomanos. Rebia-Gulmisch iba á esperar en el silencio del antiguo serrallo ó la noticia del suplicio de sus hijos, ó la hora de su advenimiento al imperio.

El nuevo sultan, Soliman III, hermano de Mahomet IV, cuya vida habia contribuido á salvar en el reinado precedente, no tenia ninguna injuria que vengar ni en ella ni en sus hijos. De espíritu piadoso, de corazon humilde, de carácter clemente, sentia su elevacion y los rigores políticos que los genízaros le imponian. Habiendo llegado á la edad de cuarenta y cinco años sin ver el mundo mas que á través de las rejas de su kiosko, su exterior severo y recogido, su tez morena, su flaqueza ascética, sus costumbres sencillas y castas, sus hábitos meditati-

vos, su fé ardiente anunciaban en él un soberano reformador y austero que fortificaria con la religion el patriotismo corrompido del imperio, y que unicamente necesitaria un gran ministro para renovar un gran reinado.

Elevado al trono por una sedicion militar que detestaba, aun cuando se sometia á ella, sentia secretamente, como su pueblo, esa indignacion generosa contra la tiranía del ejército, castigo ordinario y fatal de las naciones conquistadoras, que pagan, esclavas de la soldadesca, la servidumbre que ellas imponen con las armas á los pueblos vencidos. Es la pena del talion de los pueblos. El ejército, instrumento de su injusticia, se convierte justamente en instrumento de su esclavitud : la lógica es la venganza de Dios.

FIN DEL TOMO SEXTO.





